

DEMOCRACIA

SEMANARIO REPUBLICANO FEDERAL

ÓRGANO DEL PARTIDO REPUBLICANO FEDERALISTA DEL DISTRITO DE VILLANUEVA Y GELTRÚ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN	PRECIOS DE LOS ANUNCIOS (Pago adelantado)
Un mes 0'50 pesetas.	Centro Republicano Federal Plaza Constitución, 13 : Villanueva y Geltrú TELÉFONO 531.	En primera plana, 0'20 pesetas línea
Un trimestre. 1'50 »	Insértense o no los escritos que se remitan a la Redacción, no se devuelven los originales	En tercera » 0'15 » »
Número suelto 0'10 »		En cuarta » 0'10 » »
Número atrasado 0'25 »		Comunicados » 0'20 » »
		Rebaja a los suscriptores y según el número de inserciones

LOS EXTREMOS SE TOCAN

Me parece que fué Mella, la *patum* del tradicionalismo ultraclerical, quien hace dos años hablando de la posible intervención de España en la guerra, dijo: «Antes que la intervención, la guerra civil», amenazando con echar al campo las hordas carlistas.

Claro que Mella se refería únicamente a la posibilidad de una intervención española en favor de los aliados, pues de ser los alemanes los favorecidos, la cosa por absurda que fuese, le hubiera parecido de perlas.

Hace poco días llegó a nuestras manos un manifiesto sindicalista o anarquista que decía: «Antes que la intervención, la revolución».

Dejemos aparte el convencimiento de que ni unos harían la guerra civil, ni los otros la revolución. Prescindamos de lo que afirman públicamente gente que se tiene por bien informada, o sea, de que carlistas y sindicalistas, o mejor dicho, parte de ellos, chupan del inagotable biberón del consulado alemán, y fijémonos únicamente en el absurdo de que los llamados revolucionarios aun no se hayan dado cuenta de que la guerra actual es la mayor de las revoluciones que registra la historia.

Estos señores continúan hablando del capitalismo y de la burguesía como causantes y sostenedores de la guerra, sin apercibirse que en las trincheras lo mismo caen los capitalistas que los obreros, los hijos de los ministros y los diputados igual que el modesto tendero o el patán más miserable. Que esta, como todas las

guerras, fué preparada por la ambición de los grandes capitalistas que lucraban con los armamentos y fábricas de guerra; que la cuestión económica tuvo una parte importante en su estallido, es indudable; pero para reducir el conflicto a estos simples términos, para igualarlo a la guerra hispano-colonial, a la ruso-japonesa o a cualquier otra de conquista, es necesario padecer de una miopía intelectual digna de lástima.

Auncuando en su origen no hubiesen intervenido otros factores que los anunciados por estos revolucionarios y pacifistas *sui generis*, el desarrollo de los acontecimientos es más que suficiente para que ningún hombre honrado, sobre todo si se tiene por adelantado, puede permanecer indiferente entre los dos bandos. Que Alemania y Austria fueron los agresores, nos parece que nadie que no esté a sueldo de los alemanes o tenga el cerebro moldeado por el Comité de Defensa Social, puede negarlo. Que Bélgica fué atacada a traición y su territorio teatro de las más bárbaras atrocidades que presenció la humanidad, tampoco. Que los alemanes con sus bombardeos a ciudades abiertas, con sus torpedeamientos, gases asfixiantes, etc., etc., han anulado todos los progresos que tras laboriosos trabajos habían conseguido las naciones civilizadas para aminorar en lo posible los daños de la guerra, es indiscutible. Y siendo todo esto cierto, ¿cómo es posible que nadie pueda decir honradamente que

todos los beligerantes son iguales, y declararse moralmente neutral?

Entre el agredido y el agresor, entre el que se defiende de un ataque injusto y el que ataca sin otro ideal que apoderarse de lo que no es suyo; entre el que asesina a sangre fría a mujeres, niños y viejos indefensos y el que ni aun en los momentos más críticos se decide a tomar represalias, porque pesan más en él los sentimientos humanitarios que el espíritu de venganza, únicamente un imbécil o un malvado no sabe encontrar diferencias. Para el hombre equilibrado y animado por sentimientos de justicia, la solución es bien clara y ni un momento puede dudar de que su deber le llama a ponerse frente a frente al agresor, al asesino, al pirata, aunque ello pueda costarle cruentos sacrificios y la misma vida.

Y si prescindimos de esta parte exterior de la guerra y nos fijamos en la transformación radical y profunda que experimentan los pueblos beligerantes, preludio solamente de otras transformaciones más trascendentales que fatalmente se realizarán cuando acallen los estampidos de los cañones y se disipe el humo de los incendios, la diferencia entre unos y otros y por lo tanto la ceguera de los revolucionarios que de buena fe, si es que hay alguno, defienden la neutralidad a toda costa, aun es más evidente.

La ficción de un imperio constitucional con que Alemania disimulaba el absolutismo, ha desaparecido. La formidable máquina de guerra